

# LOS NICARAGUENSES EN LA BATALLA DE RIVAS

Coronel MANUEL BORGE  
Veterano de Guerra Nicaragüense

En las primeras horas de la noche del 27 de Junio desembarcó Walker con su gente en el punto llamado el Gigante, a poca distancia de Brito; y aunque llovía fuertemente tomaron el camino guiados por don Máximo Espinosa, con dirección a Tola. En la mañana del 28 llegó Walker a una casa abandonada en los terrenos de Brito, en donde pasó con su gente todo ese día, porque su propósito era encaminarse hacia Rivas, por la noche con el objeto de atacar la plaza al amanecer del 29. En Tola estaba el Teniente Marcos Cruz con una pequeña montada espionando los movimientos del enemigo, cuya salida de El Realejo fué comunicada al General Corral en Managua por un alemán, a quien Muñoz dió pasaporte en León para que se dirigiese a dicha ciudad. Sabido esto por Corral, ordenó al coronel Bosque que saliera con tropa a defender la plaza de Rivas; de modo que cuando Walker desembarcó, ya Bosque estaba preparando la plaza.

De la casa de donde pasaron el día los filibusteros salieron al anochecer, y antes de llegar a Tola empezó a llover copiosamente, de modo que Marcos Cruz y sus hombres estaban descuidados en la creencia de que no podrían ser atacados; sin embargo Walker, a pesar de la lluvia, no detuvo su avance sobre Rivas, y en Tola sorprendió a los nuestros. Los filibusteros hicieron sobre los legitimistas dos descargas, resultando algunos heridos, entre los cuales se contaba el jefe Cruz con un refilón sobre el hombro izquierdo. Sin demora, Cruz con los suyos se dirigió a Rivas dejando, por la sorpresa, en poder de los americanos los caballos que montaban. Con la noticia cierta de la presencia de Walker en el departamento, ésta fué anunciada a los pueblos por medio de tres cañonazos, como de antemano se les había hecho saber por el Mayor de Plaza, el entonces teniente coronel Francisco Ortega Arancibia.

Como a la una de la mañana, el Gobernador Militar don Eduardo Castillo hizo salir a don Dolores Bendaña con rumbo a San Juan del Sur a dar orden al coronel Manuel Argüello que se reconcentrase a la plaza con los 75 hombres que mandaba, previniéndole que lo hiciera con la presteza que el caso requería.

Mientras así se procedía en Rivas, los pueblos del Departamento al oír los tres cañonazos se preparaban para marchar a la cabecera. En Potoí, el Cura don Santiago Delgado encabezaba el movimiento, y de su orden Salvador Cabezas y el que ésto escribe recorriamos la población, notificándoles a los vecinos que el señor Cura los esperaba en la casa cural para marchar con ellos a defender la plaza de Rivas; y al efecto, cuando fueron los cuatro de la mañana del 29 en referencia, estábamos más de 25 hombres montados unos y a pie otros, listos para marchar, recor-

cando por ahora que entre ellos figuraban los ancianos don Felipe Avilés y don José Antonio Vega, y los jóvenes Agustín Delgado, Salvador Cabezas, Abel Guerra, Dolores Masís y Manuel Vega. Formados para emprender la marcha, el Padre Delgado nos habló al alma acerca del deber que teníamos de concurrir a Rivas a defender la religión y la Patria. La marcha fué lenta, porque con la abundante lluvia de la noche el camino estaba fangoso.

A las seis de la mañana llegamos a San Esteban, haciendo muy inmediata a la ciudad, y allí encontramos a don Eduardo Castillo con sus ayudantes. No supimos si don Eduardo nos esperaba; pero es el caso que después del saludo con el Sr. Delgado, con quien tenía viejas relaciones, regresó con nosotros para Rivas, en donde se organizó una fuerza cívica, unos armados con carabinas de piedra de chispa y otros con fusiles de caza, quedando algunos sólo con sus respectivas cutachas. El señor Delgado y el autor de estas líneas nos quedamos en casa del teniente coronel Estanislao Argüello, en donde se reunieron varios militares para tratar acerca de lo que debía hacerse, quedando constituido en aquella conferencia por espontánea resolución, el Padre delgado en Capellán del ejército y nosotros como ayudantes suyos, nombrados por el coronel Argüello.

Demorado por la lluvia que frustró su plan de ataque al amanecer del 29, Walker salió de Tola en la mañana de ese mismo día con dirección a Rivas, y haciendo aló al llegar a la ciudad, llamó a sus oficiales para explicarles su plan de ataque, el cual fué así: sus dos mejores jefes debían rechazar al enemigo de las calles, haciendo avanzar a los americanos a paso de carga hasta la plaza, y Ramírez con su tropa debía seguir a los americanos protegiendo sus flancos y retaguardia. Recibidas estas órdenes, los americanos y nativos marcharon en la forma que se les había ordenado; y tan luego bajaron el punto entonces llamado el Cerrito, como a 500 varas de la entrada a la ciudad, fueron vistos por una escuadra de legitimistas que al mando del oficial Manuel Marengo estaba de avanzada en la calle ronda de la población.

Marengo se preparaba para hacer fuego sobre el enemigo, pero espera que éste se aproxime más. Los filibusteros que también vieron a los nuestros se lanzaron aceleradamente sobre ellos; se hicieron dos descargas por cada parte, quedando una mula muerta perteneciente a los asaltantes. Los nuestros se reconcentraron a la plaza y los americanos los cargaron con vigor hasta ocupar la casa de Santa Ursula, pasando más adelante de la de don Máximo Espinosa. En aquel momento el coronel Ramírez (a) Madregil abandonó a Walker desfilando con su gente por el lado de la Iglesia de San Francisco, encaminándose ha-

cia la frontera de Costa Rica. La acción de Madregil fué en verdad un verdadero acto de patriotismo, separándose a tiempo de aquel funesto filibustero que tan grandes y profundos males había de causar a Nicaragua.

La carga de los filibusteros fué espandida; pero la resistencia de los nuestros fué heroica, a extremo de obligar al enemigo a detenerse y no dar un paso más, así como un hombre que corre y se detiene al llegar a un precipicio que encuentra en su camino.

Ignorantes de lo que ocurría, a sentarnos a la mesa con el padre Delgado y el coronel Argüello íbamos en casa de éste, cuando oímos las descargas de Marengo y los filibusteros de Occidente, y sin demostrar montamos en nuestras cabalgaduras que estaban listas y nos encaminamos hacia la línea de fuego, en donde el coronel Argüello se puso a la cabeza de la tropa que encontró para detener a los asaltantes, lo cual consiguió, pero a costa de su vida que se le escapó cayendo atravesado por una bala filibustera. Detenidos los americanos en su empeño de llegar a la plaza, apareció procedente de San Juan del Sur el coronel Manuel Argüello, quien atacando con vigor al enemigo lo obligó a refugiarse en la casa de adobes de don Máximo Espinosa y en la casa de don Pedro Cubero, separadas por la calle. Desde esas casas nos hicieron gran daño los filibusteros, pues con calma ponían en práctica su mortífera puntería, tan terrible, que un señor Rosales que hacía fuego sobre la casa que ocupaban, por una claraboya que había en una pared vieja, fué espiado por el filibustero, y al momento de disparar Rosales su arma por la claraboya, el americano metió por ella su bala matando a Rosales en el momento de retirar su arma. Salvador Cabezas hacía fuego tras un corpulento árbol de tamarindo, y luego que cargaba su fusil salía un momento al claro para dispararlo; el filibustero lo observa, y al disparar Cabezas, recibe una bala que le destroza los dedos de la mano izquierda con que sostenía el arma y le atraviesa el cuerpo de la región sub-clavicular derecha, donde apoyaba la culata, de modo que por diferencia de unas líneas el filibustero no estaba el fusil del guerrillero patriota. Estos dos casos tuvieron efecto a bastante distancia entre los combatientes.

En donde está ahora la casa de don Evaristo Carazo, había entonces una galera perteneciente a don Pancho Monte. Allí en casa colocamos a Cabezas sobre una cama, y el doctor Bustos que era el cirujano le hizo la primera curación; pero estaba tan nervioso que al sondearle la herida del hombro dió con la sonda con el cuero de la cama, porque Cabezas había sido atravesado por la bala, y exclamó el doctor: ¡aquí está la bala y era el cuero; pero entendido del error, lo curó convenientemente.

Walker dice en su guerra de Nicaragua que contaba en sus filas con jefes superiores a una hueste de hombres comunes. Esta convicción de superioridad y la defensa que le proporcionaba la casa en que él estaba, aumentaba su tenacidad en la residencia; mientras que los nuestros, faltos de elementos para destruir fortificaciones, se veían en situación difícilísima para desalojarlos, y entonces fué cuando el coronel Bosque tuvo la feliz, pero peligrosa idea de ponerle

fuego a la casa, y al efecto buscó, entre la tropa, un voluntario que quisiera exponer su vida en tan arriesgada comisión. El patriota Enmanuel Mongalo oyó la propuesta del jefe, y comprendiendo el alcance del pensamiento, corre presuroso a ponerse a su orden y un momento después la casa ardía, obligando a Walker a desocuparla. En el momento de comunicar la orden de desocupar la casa, solamente contaba Walker con 35 hombres aptos para combatir; los demás estaban muertos o heridos, de los cuales los que podían caminar se prepararon para la huida, y ya listos se lanzaron fuera de la casa como fieras acosadas por los cazadores, tomando por dentro de las haciendas con dirección a San Jorge en busca del camino de la Virgen para llegar al del Tránsito y encaminarse hacia San Juan del Sur, a donde con paso lento y arrastrando los rifles llegaron a las 6 de la tarde del 30 de junio.

Pero a pesar de tanta serenidad y denuedo de parte de los jefes, hemos de hacer constar con pena, que se desperdició la más preciosa ocasión que la Providencia nos puso en la mano para acabar con Walker, pues no hizo el más pequeño esfuerzo para perseguirlo a raíz de su derrota.

Sin embargo, en la noche del mismo 29 hubo una reunión de jefes y oficiales en la cual se hizo alusión a la falta de no haber perseguido al enemigo, y fué entonces cuando don Evaristo Carazo pidió 25 hombres para ponerse en el acto en su persecución, y apoyando a don Evaristo el padre Delgado ofreció acompañarlo en la expedición.

Los filibusteros, guiados por un tinterillo de San Jorge, de apellido Mayorga, llegaron a una finca entre Rivas y la Virgen, en donde pasaron el resto de la noche.

Los americanos, extenuados por tanta fatiga, derrotados por los nicaragüenses, perdida la creencia que tenían, de que . . . eran invencibles, con muy poco parque en sus cartucheras y situados en un terreno completamente desconocido para ellos, estaban en una situación difícil para poder sostener un ataque, de modo que examinadas las anteriores consideraciones, no es ilógico sostener que fué un grave error el no haber dado a don Evaristo los 25 hombres que pidió para perseguir a Walker, y que su completo aniquilamiento, lo repetimos ahora, porque ya lo hemos dicho, era tan seguro como el resultado de una operación matemática.

Las bajas de Walker fueron entre muertos y heridos 20 hombres. Nosotros tuvimos unos 30 entre heridos y muertos, aunque Walker dice que 60, contándose entre estos últimos el coronel Estanislao Argüello, el capitán Salvador Guerrero, el teniente llamado Pataleta y el joven patriota Francisco Elizondo.

Con esta sangre preciosa derramada por la libertad de la patria, se selló el duelo a muerte que se les declaró a los filibusteros.

Para terminar exponemos: que deber y muy grato es para nosotros dedicar estos recuerdos a la memoria de los valientes que perecieron en la acción, asegurándoles que mientras existan corazones agradecidos, no se marchitarán los laureles que la Historia tiene depositados sobre sus tumbas.